

Los encuentros de Jesús, además, son progresivamente inclusivos y revelatorios del ser humano: quien se encuentra con Jesús o es encontrado por él queda de manifiesto, desvela su interior y muestra quién es en el fondo de sí. Y con ello los encuentros contribuyen a clarificar la identidad de Jesús. Por todo ello son encuentros didácticos, instructivos acerca del ser humano, las relaciones y el tenor de la vida. Revelan quién y cómo es Jesús. Desvelan quién es cada cuál. Quién eres tú, lector o lectora, también.

La casi totalidad de los encuentros, sin embargo, son asimétricos. Jesús se encuentra y se deja encontrar a partir de carencias humanas, necesidades y deseos, insatisfacciones, marginaciones e irregularidades. Ni siquiera el encuentro con el Padre en Getsemaní tiene talante simétrico. Jesús mismo ora desde una posición inferior y diferente a la que él mismo le supone al Padre. Dios tiene poder para arrancarle de la muerte (eso cree Jesús), mientras que él mismo no lo tiene. Marcos narra sólo un encuentro de reciprocidad simétrica: el de la mujer que le unge en Betania, reencuentro pascual cuando termina la escena.

Reencuentro como producto de la Pascua. El mensaje del joven de la tumba a las mujeres pide decir a sus discípulos y a Pedro que les precederá en Galilea. Todo puede entonces recomenzar. Los desencuentros pueden ahora convertirse en reencuentros, como fruto de la Pascua. Para el lector, además, sólo existe la posibilidad de encontrarse con el Jesús de la Pascua, el Resucitado, a través del *evangelio de Jesucristo Hijo de Dios* (cf. Mc 1,1).

«Y todos los que lo tocaban quedaban sanados» El cuerpo como espacio de gracia

Elisa ESTÉVEZ*



La palabra «sanación» es tremendamente evocadora. Nos sitúa en los umbrales que traspasamos más de una vez en nuestra vida, en los límites que nos hacen sufrir y en el gozo que se desentraña en el dolor atravesado. La búsqueda de la salud, el bienestar y la felicidad son preocupaciones que subyacen a nuestra conciencia personal y colectiva. En todas las culturas, en todos los tiempos de la historia, hombres y mujeres se han topado con la experiencia de la enfermedad, de la muerte, del sufrimiento que causan el hambre, las guerras... Una experiencia de radical necesidad y limitación nos une; y, sin embargo, no podemos cerrar los ojos ante las sangrantes desigualdades sociales y económicas que agravan el sufrimiento de tantas personas, colectivos y pueblos enteros.

Los medios de comunicación *golpean* nuestros oídos e *invaden* nuestra mirada pretendiendo *saber* la solución a nuestros males. Acentuando la individualidad como generadora de existencia significativa, nos introducen en el *culto* a la belleza y al placer. Poseer y tener se dibujan como horizontes de sentido. Sobrevolando nuestro misterio personal, acentúan el vacío y nos hacen olvidar los lazos de hermandad que conforman nuestro tejido humano. En la penumbra, y sujetos a intereses económicos de mercado, quedan las guerras del Zaire y de Ruanda, las intransigencias y los dogmatismos que matan, los emi-

* Teresiana de Poveda, Profesora de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

grantes que mueren en su éxodo hacia la felicidad soñada, los niños que mueren cada día a causa de las malas condiciones del agua... A nuestro lado caminan enfermos aquejados de SIDA, ancianos/as desgastándose en soledad, jóvenes atrapados por las drogas y el alcohol...

Y, sin embargo, desde la experiencia de la propia desnudez es posible vestirse de solidaridad y abarcar en un abrazo *amigo* al hermano que sufre. ¿Quién no ha sentido alguna vez el deseo de ser tocado cálidamente por otro?; ¿quién no ha necesitado una palabra de aliento o verbalizar su historia de dolor ante alguien?; ¿quién no ha experimentado que el amor hace saltar las barreras establecidas o que la esperanza sentida y compartida es capaz de generar vida?

Estas y otras muchas realidades —que cada lector/a queda invitado a reconocer— son hoy nuestro punto de partida para acercarnos al evangelio de Marcos. Queremos seguir a Jesús en su *itinerario compasivo*, dejar que los signos de VIDA que fue realizando nos muestren la sabiduría que encierran, la liberación gratuita que ofrecen, la confianza que generan y los horizontes de humanización que nos abren.

En primer lugar, nos detendremos a *mirar* los rostros de aquellos y aquellas que fueron curados por Jesús. Su identidad, puesto que se trata de personalidades *diádicas*¹, se desvelará en relación a las otras personas que conforman su grupo de referencia. Las enfermedades que padecen poseen un significado eminentemente social y cultural. En un segundo momento, nos adentraremos en las acciones curativas que realiza Jesús y las mutuas relaciones que se establecen entre quien sana y es sanado. El cuerpo de Jesús y el de las personas curadas canalizan el milagro de la vida y encarnan la salvación. La misericordia ofrecida y acogida no puede sino recrear las relaciones interhumanas. Toda la sociedad queda afectada por el *derroche* de ternura de Jesús. Nadie permanece indiferente.

1. Para una mayor información sobre el conjunto de normas y valores culturales del mundo del Mediterráneo del siglo I puede consultarse, entre otras muchas, la obra de B.J. MALINA, *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural*, Verbo Divino, Estella 1995. Una lectura de los evangelios desde las ciencias sociales, en B.J. MALINA y R.L. ROHRBAUGH, *Los evangelios y la cultura mediterránea del siglo I*, Verbo Divino, Estella 1996.

1. Desvelando los rostros

El evangelio de Marcos subraya la importancia de la actividad sanadora y liberadora de Jesús². El Reino se muestra y se hace palpable en curaciones y exorcismos que constituyen el centro de su narración. Más allá de los límites de pureza ritual establecidos por el judaísmo³, Jesús se revelará como Hijo de Dios vinculando su camino al de los últimos, siendo prójimo de los desheredados de la historia, tocando y dejándose tocar por los portadores de impureza. Su rostro se desvelará junto al de hombres poseídos por espíritus inmundos, paralíticos, ciegos, sordos, leprosos, y mujeres afligidas por espíritus impuros, fiebre, muerte y flujos de sangre irregulares. De este modo, los viejos límites socio-culturales y religiosos son superados, y se ponen las bases de una nueva casa donde los excluidos tienen un puesto en la mesa del Reino⁴.

Al estudiar los milagros es imprescindible conocer las identidades de las gentes que son curadas por Jesús, aproximarse a la raíz de su sufrimiento y a los impulsos de liberación que les mueven. En ellas se encarnan distintos colectivos, cuya característica principal es la exclusión. La praxis de Jesús es más fácil de comprender en relación a las dinámicas y estructuras socio-culturales y religiosas que determinan la

2. Algunos estudios sobre el evangelio de Marcos en lengua española: J. GNILKA, *El evangelio según San Marcos*, vols. I y II, Sígueme, Salamanca 1986; J. MATEOS y F. CAMACHO, *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético*, El Almendro, Córdoba 1993; X. PIKAZA, *Para vivir el Evangelio de Marcos*, Verbo Divino, Estella 1995; V. TAYLOR, *Evangelio según San Marcos*, Cristiandad, Madrid 1980.

3. La idea de pureza es fundamental en la presentación que Marcos hace de la figura de Jesús, quien atraviesa constantemente los límites de pureza establecidos por el judaísmo, tanto por lo que se refiere a las acciones que realiza como a los contactos impuros que favorece. Su praxis define nuevas líneas de identificación de la comunidad cristiana frente a la sinagoga. Cf. J.H. NEYREY, «The Idea of Purity in Mark's Gospel»: *Semeia* 35 (1986), 91-128.

4. Sobre el sentido de las curaciones en Marcos, cf. J.T. CARROLL, «Sickness and Healing in the New Testament Gospels»: *Interpretation* 49 (1995), 130-142; J. DEWEY, «Jesus's Healings of Women: Conformity and Non-Conformity to Dominant Cultural Values as Clues for Historical Reconstruction»: *SBL Seminar Papers* (Scholar Press, Atlanta 1993), 178-193; X. PIKAZA, «Jesús y los enfermos en el Evangelio de Marcos»: *Estudios Trinitarios* 30 (1996), 151-247; J.J. PILCH, «Healing in Mark. A Social Science Analysis»: *Biblical Theology Bulletin* 25 (1985), 142-150; E. VAN ECK y A.G. VAN AARDE, «Sickness and Healing in Mark: A Social Scientific Interpretation»: *Neotestamentica* 27(1993), 27-54.

vida y la muerte de estas personas. El judaísmo ha establecido una estrecha relación entre enfermedad, impureza y pecado. Las leyes religiosas rigen los destinos de estas sociedades y cargan de significado social y sacral toda enfermedad. Las dolencias sufridas no son entendidas principalmente como disfunciones orgánicas, sino como desvíos de las normas y valores culturales imperantes. Los cuerpos doloridos no son más que el signo patente de una transgresión que amenaza el buen funcionamiento de esa sociedad, expresión de condiciones anormales de vida que hay que atajar cuanto antes y que ratifican la ausencia de protagonismo en la dinámica social. Los límites transgredidos por sus cuerpos (los fluidos sexuales, las enfermedades de la piel...) simbolizan las fronteras socio-religiosas que no se pueden franquear, la pureza que hay que reconquistar. Suplicar y pedir sanación no es sino el grito desesperado de quienes desean que se provea de significado personal y social a su existencia. Y Jesús aceptará ese desafío. Sin embargo, devolverá la salud y la integridad transitando otras sendas que las establecidas por el judaísmo oficial. Su praxis compasiva no es excluyente, sino que incluirá en una nueva comunidad a los hijos e hijas *perdidos* de la humanidad entera.

Nos centraremos en algunos de los rostros desfigurados por el dolor y la exclusión. Sin entrar en una descripción exhaustiva de cada uno, nos limitaremos a ofrecer algunas claves colectivas de comprensión de su marginación.

1.1. Las mujeres

Son cuatro las mujeres curadas por Jesús en Marcos: la suegra de Simón (1,29-31), la hemorroísa (5,25-34), la hija de Jairo (5,21-24.35-43) y la hija de la sirofenicia (7,24-30).

¿Quiénes son estas mujeres⁵? De ninguna conocemos su nombre. Tres de ellas son identificadas a partir de los lazos de parentesco que las unen al grupo familiar: «suegra» e «hija». Esta identificación sugiere que su enfermedad ha afectado a las relaciones familiares y su función

5. Una visión general sobre la situación de la mujer en el Nuevo Testamento, en E. ARENS, *Asia Menor en tiempos de Pablo, Lucas y Juan*, El Almendro, Córdoba 1995, 85-88; J. JEREMIAS, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1977, 371-387. E. SCHÜSSLER-FIORENZA, *En memoria de ella*, DDB, Bilbao 1990.

dentro de ellas. La referencia a los varones de la casa, Simón y Jairo, refleja el mundo masculino en el que se mueven las mujeres israelitas. El lugar propio que les corresponde por derecho es el espacio privado; la vida pública pertenece a los varones. Padre y marido marcan los patrones de conducta y rigen los destinos de la casa, también cuando ellas están enfermas. Por eso Jairo sale en busca de Jesús. Su hija de doce años está enteramente bajo su *patria potestas*. Cuando llega donde Jesús, dice el texto que Jairo «se echó a sus pies y le suplicaba con insistencia» (5,22-23): un gesto impropio de quien está acostumbrado a dirigir dentro y fuera de su casa (es jefe en la sinagoga). La anulación del poder posibilita que él y su hija entren en el espacio de gracia que Jesús ofrece.

Frente al silencio y la pasividad de las hijas y la suegra, destaca el protagonismo que tienen en los relatos la hemorroísa y la mujer pagana. Ambas provocan el milagro de Jesús, arrancan de Él un gesto de misericordia y una palabra sanadora.

El relato de Mc 7,24-34 nos presenta a una mujer de cultura helenista, pagana y no perteneciente al pueblo elegido. Nacionalidad y religión encuadran su figura. Atendiendo al desarrollo de la acción, emergen otros rasgos igualmente decisivos para la comprensión del milagro; en ella destaca su inteligencia, impregnada de amor a su hija, y su afecto de madre, que dirige la sagacidad de su razonamiento. Una integración que sorprende positivamente a Jesús y que le abre perspectivas nuevas a su misión.

El caso de la mujer que padecía flujo de sangre (5,24-34) deja al descubierto el enorme peso que soportaban las mujeres a causa de las leyes rituales de pureza (Lev 15, 19-30) y que, como señala Marcos en su narración, eran causa de empobrecimiento. Su misma realidad femenina las hacía inferiores. Impuras cuando el ritmo de la sangre fluía en su cuerpo, la ley les prohibía relacionarse abiertamente. Ni tocar ni ser tocadas. Límites bien precisos que protegían la pureza de la comunidad y evitaban el contacto con Dios. Fronteras que no se debían traspasar, porque de otro modo la identidad grupal se vería amenazada. Sin embargo, es interesante no perder de vista el dato que Marcos aporta sobre esta mujer: «...había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor» (5,26). Su posición económica le garantizaba una independencia y autonomía que otras mujeres

israelitas de clases menos favorecidas no poseían⁶. Acostumbrada a decidir por sí misma, al menos en lo relativo a su salud, es claro, por lo que el evangelista nos cuenta, que, a pesar de la pérdida de libertad que casi con toda seguridad significaría su empobrecimiento, esta mujer posee una voluntad decidida y una capacidad de acción capaz de saltar las barreras sociales y religiosas de su tiempo.

1.2. Otros sectores israelitas marginados

Jesús no rehúye el encuentro con aquellas personas con quienes las leyes religiosas establecen que hay que evitar el contacto: leprosos, endemoniados, mancos, paráliticos y ciegos. Todas ellas *están fuera de lugar*.

Los *leprosos*⁷ están absolutamente excluidos de la vida social y religiosa. Los sacerdotes, supremos señores que ejercen el control sobre el pecado y el perdón de las ofensas, determinan la existencia de esta enfermedad y su posible curación como prueba del perdón de Dios (Lev 13-14). Su presencia convierte en impuro a quien entra en contacto con ellos; por consiguiente, la sociedad israelita los aleja de su seno y los considera intocables. Se les prohíbe terminantemente participar del culto en el templo de Jerusalén. Expulsados fuera de las ciudades, son condenados a una existencia al margen de su círculo familiar, relacional, laboral y religioso. Una existencia, por tanto, marcada por la muerte, que rodea de desesperanza a quienes tienen que soportar tan dura carga.

El leproso de Marcos (1,35-45) desea ser curado. Su deseo pone en movimiento su cuerpo. En lugar de gritar «¡Impuro, impuro!» y alejarse, como la ley manda (Lev 13,45), se aproxima a Jesús. Busca la cercanía física que le está prohibida y que, sin embargo, él sabe que es su única salvación. Arrodillándose, confía y reconoce la autoridad de Jesús, que actualiza en él la salvación de Dios.

6. E. SCHÜSSLER-FIORENZA, *op. cit.*, 150.

7. No hay indicaciones de que la enfermedad que nosotros conocemos actualmente como «lepra» afectara a las gentes que vivieron en los tiempos del Antiguo ni del Nuevo Testamento. Los escasos relatos evangélicos que narran la curación de leprosos están preocupados fundamentalmente por su significación dentro del contexto cultural y religioso en el que se enmarcan.

La *ceguera* era una de las enfermedades más frecuentes en el Oriente próximo. Los que la padecen engrosan los sectores más desfavorecidos e indefensos de Israel. Los evangelios nos los presentan mendigando por los caminos (Mt 20,29-34; Mc 10,46-52; Lc 18,35-42). La vinculación entre pecado y ceguera es reflejada claramente por el evangelio de Juan (9,1ss). Aunque su defensa está prevista por la ley (Lv 19,14; Dt 27,18), su enfermedad, como otras malformaciones físicas, es una falta irreparable que les excluye del sacerdocio (Lev 21,16-24). Su cuerpo imperfecto no es digno de presentarse ante el Santo de los Santos.

Al ciego de Jericó (Mc 10,46-52) no le basta con pedir. Grita para ser escuchado. Frente a los que quieren hacerle callar, grita más fuerte aún y atrae la atención de Jesús. Si sus ojos no pueden ayudarle, la potencia de su voz expresará su voluntad firme de curarse y su tenacidad en la búsqueda de la salud.

1.3. La humanidad herida más allá de las fronteras de la comunidad santa

Más de una vez encontramos al Jesús de Marcos fuera de las fronteras de Israel, en territorio gentil. No sólo recibe a las gentes que vienen de allá (3,8), sino que él mismo llega hasta los pueblos despreciados y estigmatizados: Tiro, Sidón, la Decápolis, Idumea... Los rostros que emergen de estos encuentros siguen siendo los de una humanidad dolorida: el endemoniado geraseno (5,1-20), la madre sirofenicia que sufre por su hija (7,24-30) y el sordomudo (7,31-37), cuyo aislamiento refleja el silencio que destruye. Cerrados sus oídos y privado de la palabra creadora, está condenado a permanecer en los márgenes de una historia recreada por el Dios de la Vida.

En el *endemoniado de Gerasa* (5,1-20), símbolo de la necesidad universal de sanación, confluyen muchas situaciones opresivas. Violencia, ruptura interior e impureza permanente arrojan a este hombre a vivir en el espacio reservado a los muertos, lejos del entorno familiar y comunitario, en soledad autodestructiva y agresiva frente a los poderes sociales. Por otro lado, el loco de Gerasa condensa la violencia y la opresión que generan las políticas represivas del Imperio romano y que inciden con especial dureza sobre los sectores de población más desfavorecidos.

1.4. Los acompañantes

Familiares, amigos o gentes de las aldeas y pueblos presentan a sus enfermos a Jesús o interceden ante él para que los cure. Las sociedades mediterráneas antiguas establecen fuertes lazos de cohesión entre los distintos miembros: lo que le sucede a una persona tiene repercusiones en el buen o mal funcionamiento del grupo familiar o social; todos se sienten fuertemente implicados en la vida de los restantes miembros del grupo; nada les es ajeno... Los vínculos que les unen se manifiestan también en los relatos de milagros, ya abundancia de ejemplos es significativa⁸: «Cuando llegaba a una aldea, pueblo o caserío, colocaban en la plaza a los enfermos y le pedían que les dejase tocar siquiera la orla de su manto» (6,56); «...le suplicaba con insistencia, diciendo: 'Mi niña está agonizando, ven'» (5,23); «...le hablaron enseguida de ella» (1,30); «le llevaron entonces a un paralítico» (2,3); «le llevaron a un sordomudo y le suplicaban» (7,32); etc. Las gentes que se agolpan sobre Jesús buscando sanación para ellos o sus parientes son el reflejo de una sociedad que experimenta las disfunciones corporales como quiebra de su identidad personal y social y que busca restaurar el entramado de sus relaciones. Por otro lado, se percibe una fuerte solidaridad en el dolor y una inconformidad con la desgracia que les impulsa en la búsqueda de liberación.

2. Desentrañando el amor

2.1. El hontanar de la misericordia

Ofrecer sanación a una comunidad herida podría haberse traducido fácilmente en adquisición por su parte de poder y prestigio. Jesús, sin embargo, huye de esos derroteros. Se siente vinculado a un proyecto de amor que se fragua en las entrañas compasivas de Dios. Ahí está la fuente donde beber. El primer sumario que Marcos hace de su actividad misionera (1,32-39) vincula estrechamente predicación, curación y oración. El encuentro en soledad con el Dios que le ha enviado se vislumbra como definitivo en la orientación de servicio y entrega gratuita que ha de acompañar su camino. Cuando los discípulos se

8. Sólo en un caso se niega la gente a que un enfermo suplique su curación (Mc 10,46-52). La gente entusiasmada no quiere que un desheredado como Bartimeo retrase la aclamación triunfal que quieren tributar a Jesús en Jerusalén. Su entusiasmo triunfalista ha olvidado y confundido el verdadero camino de entrega del Hijo.

encuentran incapacitados para curar al niño endemoniado (9,14-29), Jesús les responde en clave orante (14,29). Su poder curativo es expresión de su estrecha vinculación con el proyecto de amor del Dios de la Vida. La fe de Jesús sostiene la fe del atribulado padre. La comunión de fe hace posible el milagro.

Por dos veces apunta el evangelista a una de las claves más significativas y elocuentes de la vida de Jesús. Al ver al leproso, se siente hondamente afectado, *se le conmueven las entrañas* (1,41). El padre del epiléptico apela a su *compasión* para que cure a su hijo (9,22). El encuentro con la miseria humana provoca en Jesús un sentimiento que remueve todo su ser y que no le hace indiferente ante el sufrimiento, sino que provoca en él respuestas efectivas⁹. Sin generar servidumbre, se ofrece en comunión liberadora; regalándose, se inauguran caminos inéditos de salvación para los desheredados de la historia.

2.2. Una itinerancia liberadora

La narración de Marcos, como la de los otros evangelistas, es abundante en expresiones de movimiento¹⁰. Jesús y sus discípulos/as se mueven constantemente de un lado para otro: «fueron a Cafarnaún... entró en la sinagoga» (1,21); «llegaron a la otra orilla del mar» (5,1); «terminada la travesía, tocaron tierra en Genesaret» (6,53)... Se desplazan dentro y fuera del territorio israelita.

Caminar, moverse de un sitio para otro, implica un cambio de lugar. La encarnación del amor pasa por solidarizarse con el caminar dolorido de la familia humana; implica abandonar los puestos seguros y los lugares apropiados, para ir a los últimos lugares, a los *basureros sociales*, allí donde la vida se mira desde el reverso de la historia. El sumario de 1,32-39 nos indica claramente la voluntad decidida de Jesús de acompañar a sus hermanos y hermanas en el claroscuro de su caminar: «Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para predicar también allí, pues para esto he venido» (1,38).

9. No es posible comprender plenamente la misericordia de Dios palpable en el Hijo sin detenerse a estudiar esta experiencia explicitada por el verbo *splanjizomai*, que, lejos de expresar una emoción pasajera de emoción, pena o piedad por quien sufre, expresa un sentimiento que afecta las entrañas y se traduce en eficacia liberadora. En Marcos, aparece además en 6,34 y 8,2 (multiplicación de los panes).

10. G. THEISEN, *Sociología del movimiento de Jesús*, Sal Terrae, Santander 1979.

2.3. *Tocar y ser tocado*

Las manos desempeñan un papel fundamental en los relatos de milagros de Marcos: ellas canalizan la mayoría de los contactos entre Jesús y las gentes. «Tocar (*hapto*), «agarrar con fuerza» (*krateo*) y «poner sobre» (*epitithemi*)¹¹ nos introducen en la esfera significativa de estos encuentros de Jesús con la humanidad sufriente. Sus manos son fuente de conocimiento y reconocimiento. Tocando suavemente o comunicando firmeza para que los que están caídos se alcen, Jesús les confirma como imagen y semejanza del Dios creador. Los textos se refieren indistintamente a Jesús tomando la iniciativa de tocar, tomar con firmeza o poner sus manos sobre los cuerpos heridos (1,31.41; 5,41; 6,5; 7,33; 8,23.25; 9,27); o bien nos muestran a los enfermos o acompañantes solicitándole que lo haga (5,23; 6,56; 7,32 8,22), o adelantándose ellos mismos a hacerlo (3,10; 5,27.28). En general, los pasajes afirman que Jesús toca a la persona, sin especificar dónde. Parecería introducirnos en la totalidad de la identidad personal, que es rehecha por el Mesías. En algunos pasajes, no obstante, se dice que echa saliva en los ojos del ciego (8,23), toca la lengua trabada con saliva (7,33), mete sus dedos en los oídos del sordomudo (7,33) o agarra la mano de la niña muerta (5,41) o la de la suegra de Simón (1,31), subrayando de un modo tan gráfico la solidaridad entrañable con las partes que más padecen. Los milagros recrean desde abajo, desde los enfermos y fracasados, desde la humanidad rota. Desde ahí, la historia entera encuentra salvación y vida.

Si nos dejamos transportar por las imágenes que con tanta viveza comunica el evangelista, quedamos impresionados por esas multitudes *hambrientas de piel*, deseosas de contactos humanizantes y vivificantes. Buscan una proximidad donde reconocerse y desplegarse en libertad. Los sacerdotes controlaban la pureza de sus cuerpos, pero no eran capaces de curar. Jesús, en cambio, les ofrece cercanía liberadora y entrañabilidad compasiva.

El lenguaje de la piel es más penetrante que cualquier otro. Es palabra verdadera que comunica sin engaño. En una sociedad en la que

11. El verbo *tocar* aparece en los siguientes textos: 1,41; 3,10; 5,27.28.30.31; 6,56; 7,33; 8,22; 10,13. *Agarrar*: 1,31; 5,41; 9,27. *Imponer o poner sobre*: 5,23; 6,5; 7,23; 8,23.25.

estaba prohibido aproximarse a la impureza, la relación de Jesús con la mujer que padece hemorragias continuas o su cercanía física con leproso, ciegos, paráliticos o endemoniados constituyen una auténtica *subversión*. Los cuerpos culpabilizados son incluidos en un espacio de gracia que hace de ellos transparencia del rostro amoroso de Dios. La cercanía que les estaba vetada les es regalada sin que medien ni sacerdotes ni espacios sagrados. En ellos, en sus cuerpos estigmatizados, ha aparecido la gracia y se ha hecho visible para todos y todas.

El contacto sanante de Jesús les introduce en la pedagogía del amor. Frente a los fariseos, preocupados obsesivamente por mantenerse inmaculadamente limpios y puros, las manos de Jesús se abren en gesto de comunión y solidaridad con la *escoria* que ellos rechazan y rehúyen. Si el tocar les hace a ellos impuros, las manos de Jesús *extienden* pureza y santidad. La impureza ya no tiene poder de *contagio*; sólo la fuerza misericordiosa de Dios abraza a la humanidad entera.

A través de los gestos de Jesús con sus manos, accedemos a su proyecto mesiánico: ser prójimo de los hombres y mujeres que *sangran*, mirar los rostros desfigurados y dejar que sus palabras *pueblen* su existencia, encaminando sus pasos hacia la construcción de la fraternidad universal¹².

Las manos que devuelven la salud y la integridad provocan cambios significativos en los que son curados. Introducidos en la dinámica de la nueva familia a través de la experiencia vivida y contemplada, *debilitan* con sus acciones los poderes que les oprimen:

– En todos ellos desaparece la enfermedad que ata, se posibilitan nuevas relaciones con su comunidad de pertenencia y se abren a una nueva experiencia del Señor de la Vida. Jesús les introduce en una experiencia fundante de fe y confianza en Dios. Pero el milagro más grande es que los que estaban sometidos a servidumbre se convierten en servidores, y los que tenían *empeñada* la vida la regalan.

– La suegra de Simón, *desligada* de la rigidez del precepto sabático, una vez curada, se pone a servir a los que están en la casa (1,31).

12. «En el principio del evangelio está la *palabra de las manos* que tocan, que necesitan otras manos. En este nivel de contacto corporal empieza siendo Jesús mesías de los pueblos...» (X. PIKAZA, «Jesús y los enfermos en el evangelio de Marcos», *art. cit.*, 158).

– El leproso incumple el precepto de presentarse ante los sacerdotes para que testifiquen y ratifiquen su curación, aunque el propio Jesús se lo haya pedido. Prefiere dar testimonio de la *buena nueva* de que es portador (1,45).

– La curación de la hemorroísa en medio de la muchedumbre es oferta de salvación para otras mujeres, que a partir de ella podrán liberarse del tabú de la sangre.

– El ciego se incorpora al seguimiento. Vincula estrechamente su existencia al camino de Jesús (10,52), aprendiendo a poner sus pies en las *huellas de servicio* que el Maestro va dejando.

– Los pueblos gentiles se incorporan a la mesa compartida del Reino en la nueva familia mesiánica.

Los pasajes estudiados nos presentan los espacios de perdón, misericordia y vida que abren las manos de Jesús. La ruptura con las leyes sagradas antiguas provoca el odio y la lejanía de los poderosos y los sabios. En contraste con las manos extendidas de Jesús, las de ellos se cerrarán sobre él, entregándolo a la muerte (9,31; 14,41.46).

Entrelazadas sus manos con el sufrimiento universal, Jesús se entrega sin violencia y sin rencor. Muriendo se regala como vida. Perdiendo gana. Fracasando inaugura una *nueva creación*...: paradojas que sus adversarios no supieron comprender, ni tan siquiera atisbar, pero que las gentes curadas experimentaron y gozaron.

2.4. Palabra creadora

Palabras suplicantes y gritos reclaman un diálogo humanizante. En las sinagogas, los escribas se constituían en voces autorizadas; en el templo, los sacerdotes se adueñaban de las palabras sagradas; en la vida civil, los romanos, en connivencia con las élites judías, dirigían los destinos de Israel. Frente a ellos, el pueblo ignorante, impuro, pecador y pobre estaba condenado al silencio. Habiendo oído hablar de Jesús¹³, salen en su busca. Sus peticiones cargadas de angustia sacuden compasivamente las entrañas de Jesús (1,40-41; 9,22-25). Hasta entonces habían

13. Los comentarios de la gente, para bien o para mal, se extendían rápidamente en las antiguas sociedades del Mediterráneo. Es evidente que las acciones de Jesús pasaban de boca en boca y contribuían a aumentar su fama como sanador popular.

vagado errantes, sus palabras carecían de significatividad; en Jesús, en cambio, encuentran eco a su dolor, pueden decirse a sí mismos sin miedo. Él les enseña con autoridad y les cura por medio de su palabra salvadora.

Cuando, por ejemplo, el ciego reclama la presencia sanante del Hijo de David, Jesús le llama y le pregunta qué quiere que haga por él. Es un diálogo de tú a tú, sin intermediarios, que le ofrece la posibilidad de decirse ante alguien, de expresar los deseos más hondos de su corazón. Porque sus gritos de ayuda fueron escuchados y su clamor tuvo respuesta, se abrió para este hombre la posibilidad de una historia con futuro. El espacio de diálogo experimentado le devuelve la confianza, le confiere autonomía y le gana para el Reino. La palabra acogida y ofrecida es generadora y creadora.

La palabra de Jesús es dura frente a las fuerzas del mal: increpa a los espíritus inmundos (1,25; 5,8; 9,25) que oprimen y someten a hombres y mujeres, revelando su voluntad decidida de acabar con dichas ellos, y les impide mantener el dominio que ejercen sobre dichos hombres y mujeres y que resquebraja las identidades. Se enfrenta a ellos con autoridad y poder.

Gestos y palabras confirman el *evangelio de gracia* que se inaugura con su persona, declarando así la impotencia de las fuerzas opresoras y desintegradoras sobre las personas y los colectivos humanos.

3. Reflexiones finales

* Al seguir a Jesús en su itinerario compasivo, se han desvelado ante nosotros los rostros de una humanidad sufriente. En ellos se hace presente el Reino anunciado. La historia se re-crea desde los excluidos, los expulsados y desheredados. En la oscuridad de la historia brilla la luz potente de la liberación universal. Los lugares malditos, las gentes ante las que pasamos de largo o desviamos la mirada, son espacio de salvación.

* La nueva familia se construye a partir del esfuerzo de todos. Es gracia que hay que *ganar*. La relectura de las historias de milagros nos habla de encuentros sanadores que se hacen posibles por el amor entrañable de Dios y por la colaboración activa de esos hombres y mujeres que gritan, se mueven buscando a Jesús, apuestan por la vida de otros o desafían las normas sociales. Acogiéndoles, Jesús reconoce las se-

millas del Reino que brotan de su interior. Conquistar nuestra humanización es tarea también nuestra.

* La misericordia aparece como experiencia fundante de una *nueva creación*. Desde ella se recrean las claves de comprensión de la existencia humana: los débiles se fortalecen, los ignorantes se hacen sabios, los oprimidos son liberados y los muertos recobran la vida. Más aún, los que no cuentan según los *cánones establecidos* pasan a ocupar un lugar preferencial en la mesa del Reino. Su salvación pasa por ser misericordioso con los últimos, con los que no cuentan ni son útiles. La fraternidad universal pasa por dejar que la miseria humana que se le confía encuentre roca y fundamento, liberación y salvación en Él, que es el Hijo entregado que ha venido a *servir y dar su vida como rescate por muchos*. Es la miseria que se apoya, no en el poder ni en la fuerza, sino en Aquel que es capaz de tocar a quien está herido y hacer de él una *criatura nueva*, restaurándole en la dignidad de hijo o hija.

* La cercanía del tacto es tan fuerte que se da un *intercambio de bienes*. La enfermedad, la marginación, el dolor... pasan a Jesús, que a su vez regala al enfermo la salud. Jesús carga sobre sí sus limitaciones y los libera por medio de un amor gratuito. Los relatos de milagros nos abren a una comprensión nueva del compromiso con la historia: ser compañeros/as de camino; hacer de la proximidad que se palpa y caldea los corazones la clave de una existencia compartida; entender el seguimiento de Jesús como *ejercicio de compañía*.

* El cuerpo es espacio de gracia. Ni condenado ni manipulado, sino reconocido y amado. Los cuerpos no son ocasión de pecado, sino de salvación, de encuentro liberador.

* La nueva familia se experimenta en la gratuidad. Aquí no se compra ni se vende. El servicio se vive, y la vida se entrega como regalo. El seguimiento se entiende como compañía efectiva y afectiva con los derrotados y excluidos. La solidaridad así vivida hace tambalear los poderes establecidos, que buscarán el modo de acabar con ella. Sin embargo, la Pascua de Jesús es realidad poderosa que afirma la vida y construye la esperanza. La Mesa compartida del Reino está inaugurada.

10 TEÓLOGOS DEL SIGLO XX

4

Rudolf Bultmann: Aportaciones y límites de la «desmitologización» de la fe

Toni CATALÁ*

Contexto histórico y teológico

Después de la irrupción de Karl Barth en el escenario teológico europeo y el movimiento teológico que desencadena a partir de su comentario a la Carta a los Romanos (1919), la llamada «teología dialéctica», ya ningún teólogo podrá prescindir de él: con, contra o frente a Barth, pero nunca sin él. A *Rudolf Bultmann* (Wiefelstede/Obdenburg 1884 - Marburg 1976) hay que situarlo en este movimiento de teólogos que comenzaron su labor en el ámbito de la teología liberal.

La teología liberal «piensa que el hombre se halla abierto al infinito de una idea moral de plenitud en la que Dios y el mundo vienen a encontrarse: la religión se identifica con la búsqueda del soplo divino que está al fondo de los hombres. Según eso, religión y filosofía se identifican, se diluye la trascendencia de Dios, y el cristianismo queda convertido en testimonio de la hondura extático-religiosa o de la ca-

* Jesuita, Profesor invitado en la Facultad de Teología de Belo Horizonte. Brasil.